

el Periódico Domingo, 3 de julio de 1994

ENVEJECER

SÍ

Médicos, parientes y amigos se lo habíamos dicho de distintas formas y en distintas ocasiones. Ese enfermizo afán de darse a reflexionar sobre su vida anterior, sobre su pasado, y no solamente para inculparse, no era sino por el gusto equivocado de intentar conocerse mejor tal como era ahora, volviendo sobre sus huellas para saber lo que era. No hagas eso, mujer, cosas así ya no las hacen ni los sacerdotes de las muy distintas religiones que todavía perduran. Salvo un colectivo minoritario de analistas sin escrúpulos, que viven de hacer que los demás se rasquen con sus uñas; los que van por libre como tú se estrellan.

Mirándote en el retrovisor, si ves algo alegre en tu pasado, te entristecerá no verlo ahora en el parabrisas de tu realidad de hoy, y si el retrovisor te devuelve cosas que no te gustaría haber hecho, pero que ya quedan ahí porque fueron hechas, agarrarás una melancolía, y se te llenará de barrillo el cristal de tu coche de hoy, y te estrellarás.

Nuestra amiga no hizo caso. Primero, le entró como un sopor, luego comenzó a dormir poco y a tener pesadillas. Intentó cambiar de sexo, se dio a la medicina natural y a la comida ecológica. Comenzó a marchitarse y le temblaban las manos y el rostro y comenzó a hablar sola.

Hace unos días fuimos a su entierro. Tenía sólo 44 años cuando murió de ancianidad, de envejecimiento.